

Manuel Fernández-Delgado Cerdá

PREGÓN DE
SEMANA SANTA
2015



PREGÓN DE
SEMANA SANTA
2015



REAL Y MUY ILUSTRE
CABILDO SUPERIOR
DE COFRADÍAS

*«En la cruz está la vida y el consuelo,
Y ella sola es el camino para el cielo.*

*En la cruz está “el Señor de cielo y tierra”,
Y el gozar de mucha paz, aunque haya guerra.
Todos los males destierra en este suelo,
Y ella sola es el camino para el cielo.*

*De la cruz dice la Esposa a su Querido
Que es una “palma preciosa” donde ha subido,
Y su fruto le ha sabido a Dios del cielo,
Y ella sola es el camino para el cielo.*

*Es la cruz el “árbol verde y deseado”
De la Esposa, que a su sombra se ha sentado
Para gozar de su Amado, el Rey del cielo,
Y ella sola es el camino para el cielo.*

*El alma que a Dios está toda rendida,
Y muy de veras del mundo desasida,
La cruz le es “árbol de vida” y de consuelo,
Y un camino deleitoso para el cielo.*

*Después que se puso en cruz el Salvador,
En la cruz está “la gloria y el honor;
Y en el padecer dolor vida y consuelo,
Y el camino más seguro para el cielo”.»*

(Sta. Teresa de Jesús. 1581)

Este poema es de Teresa de Jesús, la Santa de Ávila, mujer y Doctora de la Iglesia de la que en este año conmemoramos el quinto centenario de su nacimiento. Permitidme mi atrevimiento por comenzar mi pregón con este doble guiño, hoy, 8 de marzo.

Cuando el pasado 6 de noviembre, a la una y media de la madrugada, encendía mi teléfono, después de una celebración penitencial en mi parroquia de San Lorenzo, me encontré con un mensaje de Ramón Sánchez-Parra que decía: “Pregonero Semana Santa 2015. Enhorabuena”. He de decirles que, a primera vista, me produjo una gran alegría, alegría que, poco a poco, fue tornándose en emoción y les confío que, incluso, me produjo pavor por la responsabilidad. Cuando, por la mañana, mis hijos comenzaron a llamarme tuve que sobreponerme.

A todos los que confiasteis en mí, miembros del Cabildo Superior de Cofradías y especialmente a ti, Ramón Sánchez-Parra Servet, quiero agradeceros esta honrosa y emotiva distinción. Espero no defraudaros.

Recordaba que en 1948 fue mi padre, Manuel Fernández-Delgado Maroto, el que tuvo el honor, ante los micrófonos de Radio Murcia EAJ17, de pregonar la Semana Santa y las Fiestas de Primavera de esta hermosa ciudad para Murcia, Albacete, Alcoy y Elche. Esto lo hacía más emocionante y atrayente para

mí. ¿Por qué había sido yo el elegido?, me preguntaba. No soy licenciado ni doctor; no pertenezco a ninguna academia ni soy escritor. Soy un humilde funcionario que cada día intenta ser un buen padre de familia.

Quizá el deseo de vivir con coherencia mi vida y mi fe era la única razón para mi elección. Recordé en esos momentos lo que dice San Pedro “*Estad siempre dispuestos a dar razón de vuestra Fe*” (1Pe 3,15) y “*Predica la palabra, insiste a tiempo y a destiempo*” (2Tm 4,2). Y lo recordé pensando que vivimos en una sociedad no cada vez más atea, sino anti-tea.

Es por ello por lo que acepto el envite y me dispongo a pregonar la Semana Santa más hermosa del mundo. Perdonen mi inmodestia y atrevimiento.

He buscado en el archivo de mi memoria los recuerdos más antiguos que se refieren a nuestra Semana Santa. He encontrado tres que permanecen inamovibles:

Uno, cuando, de niño, el Jueves Santo por la tarde me acercaba a casa de don Emilio Díez de Revenga, en González Adalid, a recoger las contraseñas del último y penúltimo penitentes de la fila de la izquierda de la Caída. Eran las contraseñas de mi padre y de mi madre, que a la mañana siguiente saldrían en la procesión con sus cruces al hombro, acompañando a Jesús camino del Calvario.

Otro momento es la noche del Domingo de Ramos, cuando desde la iglesia de Santo Domingo se hacía el traslado de la Dolorosa familiar, la Dolorosa de Ruiz-Funes, hasta la iglesia del Carmen. Traslado que en mi niñez llenaba la noche del Domingo de Ramos, hasta el nacimiento de la procesión de la Esperanza y

que continuó realizándose hasta que fue depositada en la iglesia del Carmen para formar parte del museo de “Los Coloraos”. Esa Dolorosa que en la antigua casa de mi tía María tenía una habitación-capilla para ella sola. Para nosotros, el Domingo de Ramos era el inicio del Miércoles Santo y los nervios de la procesión comenzaban a atenazarnos.

Y ese es el tercero de los recuerdos de mi infancia, el Miércoles Santo, cuando con mi padre y mis hermanos, vestidos por mi madre en mi casa, con la eterna duda de dónde iban el cingulo y el rosario, bajábamos a la confitería Ruiz-Funes. Allí coincidíamos con mis tíos Manolo, Ángel y José María, con Román Alberca y muchos de mis primos, y mi tía María, ayudada por Lola, nos rellenaba el buche de caramelos, “de los buenos” con verso, y de pastillas. Tal vez fue ese mi primer contacto con la poesía, con los poetas murcianos, con Raimundo de los Reyes, Andrés Sobejano, Jaime Campmany, Salvador Jiménez, D. José Sánchez Moreno, Juan García Abellán o Manuel Fernández-Delgado Maroto, mi padre, que para estos caramelos compuso los siguientes versos:

*“Desde hace años, moza, la Dolorosa
Tiene las dos mejillas como una rosa
Y el corazón
Como un clavel abierto de tu balcón”.*

Y estos otros:

*“Tiene la Dolorosa
De la confitería,
En los ojos la noche;
En la frente, el día”.*

Más cercano en el tiempo recuerdo cuando Amparo, mi mujer y madre de mis siete hijos, me recogía en la plaza San Agustín al finalizar la procesión del viernes y yo le regalaba unas “*rosas enamoradas*” de la Dolorosa.

Ahora, cada Jueves Santo, Miguel Ángel Pomares nos regala unos “*fraternales claveles*” del Refugio, recordando a mis suegros.

Cómo no recordar también la ilusión de mi suegro, José María Tomás, cuando en la rebotica de la farmacia Ayuso propuso a D. Ramón Sánchez-Parra García y a D. Enrique incorporar a la Procesión del Silencio orquestas y coros. Desde entonces, 1975, éstos, rompiendo el sepulcral silencio de la noche, llevan hasta el cielo notas y acordes que acompañan al Refugio en su lento caminar por las oscuras calles de Murcia. Labor que ha heredado con entusiasmo mi cuñado Federico.

Pero no he venido aquí a contar mis recuerdos. Mirar hacia atrás, a veces produce melancolía y nos aviva las ausencias.

Yo he venido aquí como heraldo, en este tiempo de cuaresma, a anunciar la Muerte y Resurrección de Jesucristo. A anunciar que: “*La muerte ha sido vencida y que nada nos puede separar del Amor de Dios*” (Cf. Rm8,39).

Vengo a pregonar la Semana Santa de Murcia, Semana Santa única, a la que dan vida quince cofradías:

La del Santísimo Cristo del Amparo y María Santísima de los Dolores.

La del Santísimo Cristo de la Fe.

La del Santísimo Cristo de la Caridad.

La del Santísimo Cristo de la Esperanza, María Santísima de los Dolores y del Santo Celo por la Salvación de las Almas.

La del Santísimo Cristo del Perdón.

La Hermandad de Esclavos de Nuestro Padre Jesús del Rescate y María Santísima de la Esperanza.

La Pontificia, Real, Hospitalaria y Primitiva Asociación del Santísimo Cristo de la Salud.

La Archicofradía de la Preciosísima Sangre de Nuestro Señor Jesucristo.

La del Santísimo Cristo del Refugio.

La de Nuestro Padre Jesús Nazareno.

La de Servitas de María Santísima de las Angustias.

La del Santo Sepulcro de Nuestro Señor Jesucristo.

La del Santísimo Cristo de la Misericordia.

La del Santísimo Cristo Yacente y Nuestra Señora de la Luz en su Soledad.

Y la Archicofradía de Nuestro Señor Jesucristo Resucitado.

Entre todas ellas sacan a la calle diecisiete procesiones, con ochenta y cinco “pasos”, y casi veintitrés mil nazarenos. Y que la hacen posible miles de músicos, electricistas, cereros, carpinteros, floristas, bordadores, orfebres, tallistas, peluqueros, modistas y escultores.

Una Semana Santa que pone en tensión y fiesta a una ciudad. Una ciudad que vive para esta Semana Santa. Aunque he de confesarles que soy de los que piensan que la Semana Santa no es para vivirla, que también, sino para hacerla Vida.

Vengo a pregonar las procesiones de Murcia, instrumento catequético de la Iglesia Católica desde el siglo XVI, que ayuda a los cristianos a vivir con seriedad y conscientes la Semana Santa. Fueron San Vicente Ferrer O.P. y sus frailes los que las promovieron después de una predicación cuaresmal. Esta Semana Santa que es fiel reflejo de la fe y de la religiosidad de un pueblo bendecido y favorecido por la mano del Creador.

Vengo, en esta mañana de marzo, a convocaros a la Vida, a anunciaros al Señor y Rey de la Vida.

Jesús, el Nazareno, saldrá en esta Santa Semana a las calles estrechas y recoletas de Murcia a hacerse el encontradizo con nosotros. A cualquier hora, en cualquier rincón, de noche y de día, a media mañana o al caer la tarde, traslados, encuentros y procesiones nos darán la posibilidad de encontrarnos en las calles de nuestra ciudad con el Señor de la Vida. Hagamos caso a Isaías, que nos dice: *“Buscad al Señor mientras se deja encontrar, llamadle mientras está cercano”*(Is 55,6). Busquémosle ahora, ahora que *“es el tiempo favorable, ahora que es el tiempo de la salvación”* (2Co 6,2). Del amor, del recogimiento, ahora que es el tiempo de la escucha y del encuentro; el tiempo de la conversión.

¡Ánimo, busquémosle y convirtámonos!

Convertirse quiere decir volverse a Él, vivir en Él, con Él y para Él, y no más para nosotros.

Y es ahora sin más tardar, ahora que es el tiempo en que, como dice el Cantar de los Cantares: *“Ha pasado ya el invierno, han cesado las lluvias y se han ido, aparecen las flores en la tierra. El tiempo de las canciones ha llegado, se oye el arrullo de la*

tórtola, echa la higuera sus yemas y la viña exhala su fragancia” (Ct 2,12s). Ahora, es el tiempo en que llega la primavera.

Porque fue en este tiempo, un 14 de nisán, cuando Moisés sacó al pueblo de la esclavitud y lo llevó al desierto a celebrar la Pascua. Y fue Jesús el que, celebrando la Pascua judía con sus apóstoles, después de haber entrado triunfalmente en Jerusalén montado en un pollino, donde fue recibido con palmas y olivos (como celebraremos el Domingo de Ramos, solemnemente en la Catedral), le dio un contenido nuevo a la Pascua.

Dejó de celebrarse el cambio de estación, el preludio de una nueva cosecha; dejó de celebrarse el paso de la esclavitud a la libertad y comenzó a celebrarse un memorial, el memorial de la Muerte y Resurrección de Cristo.

“Es el paso de la esclavitud a la libertad, de las tinieblas a la luz, de la muerte a la vida, de la tiranía al reino eterno, es la Pascua de la salvación”, como reza un antiguo himno de Melitón de Sardes.

El pueblo que se reunía para celebrar y recordar a un Dios-guerrero, a un Dios que arrojó en el mar a caballos, carros y caballeros; un pueblo que hacía *Haggadá* e historia de salvación, ahora se reunirá para celebrar a un Dios-Salvador, a un Dios-Victorioso, a un Dios que se dona y se entrega a través de su Unigénito, a través de su Hijo amado. Se cambian las armas y las lanzas; los insultos, las difamaciones, los juicios y las murmuraciones por el amor, la entrega y la misericordia.

Cristo viene al mundo a traer la concordia, el amor y la paz. Y esto es lo que deseo para todos nosotros.

Fijaos, queridos amigos, que es aquí, en esta Semana, donde se da el acontecer de la vida, donde sucede el fantástico acontecimiento del cambio de la existencia. El hombre que, desde el pecado de Adán, vive para la muerte como realidad existencial, gracias al amor de Cristo, gracias a esa donación, gracias a ese alimento que no perece, puede vivir.

Jesús, en el Lavatorio, nos enseña una nueva forma de amar y de vivir. La humildad, el ser el último, el servicio que –como dice Madre Teresa de Calcuta– engendra la paz.

¡Ay, Antonio Cerdá!

Después de lavar los pies a sus discípulos, como el que sirve, Cristo se nos da y transforma el pan de la esclavitud y el vino de la libertad en su cuerpo y sangre, para destruir la muerte en la que vivimos. Se nos da para que vivamos una vida en abundancia.

Celebramos una Semana de Pasión que terminará con la Resurrección.

El hombre, que por el pecado de Adán vive en la muerte, por Cristo nace para la vida. Este Cristo, que es igual al hombre en todo menos en el pecado, es también tentado por el maligno, pero no cae en la tentación. Fue tentado después de pasar cuarenta días y cuarenta noches en el desierto; es tentado en el Huerto de los Olivos y será de nuevo tentado en la Cruz: tentado en la seguridad, en la historia y en las riquezas. Como tú y como yo. Tentado para ver si ama a Dios con todo su corazón, con toda su alma y con todas sus fuerzas. Tentado para ver si cumple el Shemá.

Es en Getsemaní, en el Huerto de los Olivos, donde a través de la fortaleza de Jesús se ve, se palpa, se experimenta la debilidad del hombre, nuestra debilidad.

Jesús es tentado a rebelarse, a salirse de su historia, a no entrar en el designio de amor que el Padre tiene previsto para Él. Como nosotros somos tentados a ser dioses de nuestra propia historia; a que todo sea como nosotros queremos.

Es el momento cumbre de la Pasión. El maligno quiere que no haya Pasión, que no haya Redención, que no haya Historia de Salvación para la Humanidad. Pero Cristo bebe del cáliz que le presenta el Padre y habrá Pasión. Y gracias a ella hemos sido redimidos.

“No hace falta que sigáis velando, podéis dormir”
(Cf.Mt 26,45).

Se ha quedado solo. Pero, sin embargo, Cristo, sufriente y victorioso, atormentado, pero no derrotado, no entra en la tentación. Cristo sale vencedor.

Llega a sudar sangre y como hombre vence para que tú y yo, hombres de esta generación y de esta tierra privilegiada y mimada del Señor, podamos vencer.

Y este Cristo, que lucha y no desmaya, saldrá a las calles de Murcia para que podamos vivir de la esperanza de su victoria; para que podamos, como Él, subirnos victoriosos en la cruz. Coger, como Él, la cruz de cada día y comer del pan que nos da.

Sale a las calles de Murcia a decirnos como a la Samaritana *“Llega la hora, ya estamos en ella, en que se adorará al Padre en*

Espíritu y en Verdad” (Jn 4,23); ni en el templo ni en el monte, sino en espíritu y en verdad. Y esa hora ha llegado ya.

Es aquí, en Getsemaní, donde sus mejores amigos, Santiago, Pedro y Juan, no pueden velar con Él. Donde le han dejado solo. Es aquí donde va a prenderle una turba, con el Iscariote a la cabeza, uno de los doce, el listo, el inteligente, el que le corregía y llevaba la bolsa. Se presentan con palos y machetes para prenderle, con artimañas. Iban de parte de la alta sociedad, de los cultos y de los adinerados, de los sumos sacerdotes, de los letrados y de los senadores. Nadie ha entendido la misión de Jesús.

“¡Con machetes y palos habéis salido a prenderme, como si fuera un bandido! Todos los días me sentaba en el templo a enseñar y no me detuvisteis” (Mt 26,55), le dice a la turba.

¡Van a por Él!

¡Se lo quieren cargar! ¡Lo quieren matar!

Judas lo denuncia, lo vende y lo entrega. Lo entrega con un beso; convierte el beso santo de la paz en un beso de traición.

¡Amigo, a lo que has venido! (Mt 26,30), le dice Cristo a Judas.

Y lo ataron a la columna y le azotaron, le maltrataron, pero *“Él será como cordero llevado al matadero, que ante los que lo trasquilan no abre la boca”* (Is 53,7).

Pero fíjate amigo mío que una procesión, que nuestras procesiones, son esta historia viva de Jesús, pasada a tres dimensiones. Porque un “paso” es como un trozo de la Escri-

tura en volumen, tallado en madera, estofado y dorado por las hábiles manos de escultores como: Domingo Beltrán, Diego de Ayala, Nicolás Salzillo, Nicolás de Bussi, Dupar y Francisco Salzillo, del que escribió Ramón Gaya que *“era más que un gran artista, era casi una mañana llena de rosas y de moscas, llena de polvo vivo, no de polvo de ruinas ni de abandono, sino de ese polvo murciano que es como una primavera, un florecer...”*.

O Roque López, Sánchez Araciel, José Planes, González Moreno, Clemente Cantos, Antonio Campillo, José Hernández Navarro y otros muchos, más jóvenes.

El “paso”, adornado con claveles, rosas, alhelíes, nardos, iris, violetas, gladiolos y calas. Flores cultivadas por las hacendosas manos de muchos de vosotros en fértiles bancales de nuestra huerta, que resaltan y hacen aún más bellas las escenas de la Pasión.

Un “paso” es, o debe ser, una catequesis, una llamada a la conversión que se hace más fuerte con lamentos y redobles de tambores y cornetas, con gemidos y gritos de carros de bocinas y tambores destemplados o “burlas” que subrayan el padecimiento de Jesús, que nos llaman al recogimiento y nos recuerdan la tensión y la importancia de este tiempo.

...Y rasos, brocados y terciopelos rojos, granas, morados, corintos, azules, verdes, magentas, marrones, negros y blancos, variados y armoniosos para túnicas, capas, capuces y fajines. Todo ello conforma nuestras procesiones, donde aparecen el orden, el silencio y el recogimiento con oraciones, rosarios, cruces y penitencias, o, por el contrario, la algarabía y la alegría,

con la entrega de caramelos, huevos, monas y habas, que según la tradición era una forma de expiar pecados, cumplir penitencias, ejercer la caridad, ayudar a “pobres vergonzantes” o un medio para restituir bienes que se consideraban robados a la comunidad.

Los nazarenos acompañamos a Jesús al Calvario y festejamos su Resurrección. Haciendo de ésta una Semana Santa incomparable, inigualable y singular.

Y después de las burlas y de cantarle “*Salve, Rey de los Judíos*”, después de ultrajarle y de coronar su frente de espinas, después de ponerle en su mano derecha una caña como cetro real, lo llevan a crucificar.

Y en el trayecto que va desde el Pretorio hasta el Gólgota, en una de las estrechas calles de Jerusalén, Jesús se encuentra a su Madre María, “*La Cordera de Dios, la humilde Cordera. ¡Qué amarga es el agua, María!*” (Canto de Kiko Argüello).

Se encuentra con ella en la calle de la Amargura. Va acompañada por otras mujeres, que lloran al ver a Jesús, al ver al Siervo del que ya había cantado el profeta Isaías: “*Despreciado, desecho de hombres, varón de dolores, sabedor de dolencias, como uno ante quien se vuelve el rostro...*” (Is 53,3). Mujeres a las que Jesús dice: “*Hijas de Jerusalén, no lloréis, no lloréis por mí, llorad por vosotras y por vuestros hijos, que si esto hacen con el leño verde, con el seco qué se hará*” (Lc 23,28. 31). Si esto me lo hacen a mí, que soy el Hijo de Dios, ¿qué os espera a vosotros?, ¿qué nos espera?, ¿qué queremos?

Una de entre esas mujeres se adelanta y le limpia el rostro sudoroso y ensangrentado. Es la Verónica, esa Verónica que hoy

hace presente la esperanza, la caridad, el amor y la misericordia. Hace presente el amor, “*Charitas Christi urget nos*” (2Co 5,12). Esa Verónica tan necesaria en nuestra sociedad de hoy. Tú y yo estamos llamados a ser Verónica de los pobres, de los inmigrantes, de los marginados, los enfermos y los que sufren.

“*¿Pensáis que no puedo acudir a mi Padre?*” (Cf.Mt 26,53).

Cristo podría haber evitado la muerte y, sin embargo, no lo hace. Sabe que en el sufrimiento, en la humillación y la muerte está la vida.

Esto quiero anunciaros esta mañana, que en el sufrimiento y en la humillación está la vida. Cristo acepta la muerte porque confía en su Padre. “*¡Abba Padre mío, en tus manos encomiendo mi espíritu!*” (Oda 27, Salomón). Sabe que el Padre le quiere. No tiene dudas sobre su amor.

¿Y los demás? Había tantos que le seguían...

Una vez prendido se produce la desbandada. Todos los discípulos lo abandonan y huyen. No volverán a reunirse con Él hasta que resucite. Ya había profetizado Isaías: “*En el lagar he entrado yo solo. De mi pueblo no había nadie conmigo*” (Is 63,3).

¡Cuánto nos aterra el sufrimiento! Huimos.

Jesús sigue caminando hacia la muerte porque sabe que el Padre no le ha de abandonar y sigue, como Isaac, subiendo, hacia el monte, para ser sacrificado, para ser crucificado.

Este Jesús que aquí, en Murcia, se hará el Viernes de Dolores Gran Poder, para que nosotros podamos dar gracias a Dios “*porque ha asumido el gran poder y comienza a reinar*” (Ap, 11,17); el Martes Santo Rescate, para que todos nosotros

seamos rescate para oprimidos y perseguidos, y el Viernes Santo Nazareno, para que, como Él, carguemos con la cruz, con la nuestra y con la de otros. *“Ayudaos mutuamente a llevar vuestras cargas y cumplid así la Ley de Cristo”* (Ga 6,2).

En el camino de subida, Simón, el de Cirene, le ayuda a llevar la cruz. Por tres veces cae, la cruz le tira al suelo, pero Él no tira la cruz. Sabe que en la cruz, en el sufrimiento de cada día, está la Vida y sabe que Dios no ha de abandonarle.

Llegan a lo alto del Calvario. Después de mofarse de Él y de sortearse su túnica, le colocan entre dos ladrones y le crucifican. Allí, junto a la cruz, está María, su Madre.

*“Stabat Mater Dolorosa,
Juxta Crucem Lacrimosa,
Dum pendebat filium”
“Era su alma un gemido,
era un dolor, era un grito,
cuando una espada la atravesó”*

(Himno de Inocencio III y Jacopone de Todi).

¡Qué sufrimiento! ¡Qué amor el de María! ¡La Piedad al pie de la cruz!

Cuenta Juan en su evangelio: *“Junto a la cruz estaban su madre, la hermana de su madre, María la mujer de Clopás y María Magdalena. Jesús, viendo a su madre y junto a ella al discípulo que amaba, le dijo a su madre: “Mujer, ahí tienes a tu*

hijo”, y luego dijo al discípulo: “Hijo, ahí tienes a tu madre”. Y desde aquel día, el discípulo acogió a la Madre en su casa” (Jn 19,25ss).

A Juan, el hijo del Trueno, el hermano de Santiago el de Zebedeo, Juan... El discípulo que tanto amaba.

Es aquí, al pie de la cruz, donde Cristo proclama la maternidad espiritual de María, la maternidad de la Iglesia. La Iglesia, madre de los creyentes. La Iglesia, madre tuya y madre mía. La Iglesia, como la mujer, perseguida por esta sociedad que no la deja ser madre, ni esposa, ni virgen.

Porque ser madre es acompañar a este hijo que viene a una misión; es ayudarle a que cumpla la voluntad de Dios. Ser esposa es ser una con el esposo, haciendo presente en esta generación que el amor para siempre es posible. Ser virgen es adelantarse a la plenitud del cielo que se nos promete, como testigos de que Dios basta.

Cristo en la cruz va a cumplir una hora. *“Porque para esta hora he venido al mundo”* (Cf. Jn 12,27; Lc 12,49-53).

La muerte. El luto. El infierno.

Ahora, Cristo, el rostro radiante de Dios, aquí en Murcia se hará:

El Lunes Santo **Perdón**: *“No juzguéis y no seréis juzgados. No condenéis y no seréis condenados. Perdonad y seréis perdonados”* (Lc 6,37).

El Sábado de Pasión **Caridad**: *“La Caridad todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta”* (1Co 13,7).

El Jueves Santo **Refugio**: *“Tú has sido nuestro Refugio de generación en generación”* (Sal 89,1).

El Viernes de Dolores **Amparo**: *“Tú que habitas al amparo del Altísimo/ Que vives a la sombra del Omnipotente/ Di al Señor: “Refugio mío, alcázar mío/ Dios mío confío en ti”* (Sal 90,1).

El Viernes Santo **Misericordia**: *“Misericordia, Dios mío, por tu inmensa compasión borra mi culpa”* (Sal 50,3).

El Miércoles Santo **Sangre**: *“Vosotros que estabais lejos, habéis llegado a estar cerca por la sangre de Cristo”* (Ef 2,13).

El Domingo de Ramos **Esperanza**: *“Sirviendo al Señor con la alegría de la Esperanza; constantes en la tribulación; perseverantes en la oración; compartiendo las necesidades de los santos; practicando la hospitalidad”* (Rm12,12s).

El Martes Santo **Salud**: *“El nombre de Jesús no es sólo luz, también es alimento y medicina, llévalo siempre en el corazón”* (San Bernardo).

Y el Sábado de Pasión **Fe**: *“Dime cuáles son tus obras y te diré cuál es tu Fe”* (Cf. St 2,18).

Y para que nosotros con Cristo seamos esperanza para los desesperados, misericordia para los perseguidos, caridad para pobres y mendigos, refugio para atribulados, sangre que se entrega para dar vida, fe para los descreídos, salud para los enfermos y débiles y perdón para todos los hombres.

Es la hora de los lamentos y de los miedos. De las ausencias.

¿Dónde están sus amigos? Sólo Juan está allí.

“El Velo del templo se rasgó en dos y tembló la tierra y las rocas se hundieron” (Mt 27,51).

¿Es Cristo el Mesías?, se pregunta la gente. ¿Es Cristo nuestro Salvador?

La historia no termina aquí. De nada hubiese servido toda esta historia si Cristo se hubiera quedado ahí, en la muerte, si el Padre no lo hubiera resucitado. No hay muerte sin resurrección.

Cristo muere, resucita y es exaltado. *“Es puesto como Kyrios, como Señor. Es puesto por encima de todo nombre, para que ante él, toda rodilla se doble” (Cf.Hch 2,36).*

Le llevan a enterrar y Cristo se hace yacente el sábado y la cruz se queda vacía. La cruz gloriosa, el Árbol de la Salvación, el lugar elegido por Dios para hacerle el amor al hombre.

Cristo entra en la muerte para que nosotros no muramos. Y esa cruz vacía es tu cruz o mi cruz. Es el desierto donde Jesús nos visita.

Dice Pablo de Tarso: *“La cruz que para los judíos es escándalo y para los inteligentes es necedad, para los cristianos, para los que creen en Cristo, la Cruz es fuerza de Dios, salvación de Dios” (1Co 1,23).*

Y al amanecer del día séptimo, del día en que Dios descansó, después de la Creación, fueron las mujeres al sepulcro y lo encontraron vacío.

La Resurrección. El amanecer. La Gloria.

Cristo no estaba. El que había muerto ¡ha resucitado! Y estalla la alegría. Cristo es el Mesías, el Salvador. De nuevo nuestra vida tiene sentido. Al resucitar Cristo podemos decir con Melitón de Sardes:

*“ Tú eres el cordero nacido de María.
Tú has sido asesinado en Abel,
Tú fuiste atado en Isaac,
Vendido en José,
Abandonado sobre las aguas en Moisés,
Perseguido en David,
Y despreciado en todos los profetas.
Tú eres el Cordero que no abre boca.
Tú resucitado de la muerte
Has hecho resurgir la humanidad de lo profundo del
sepulcro,
Tú has cubierto de vergüenza la muerte,
Tú has llenado de luto el infierno”.*

¡Tú has resucitado!

Esta resurrección se hace presente en la mañana del Domingo, en la que Cristo resucita, en la que Cristo, rompiendo las barreras que nos separan a los hombres, se hace *“Todo en todos”* (Ef 1,23) e inunda de fiesta y alegría las calles de nuestra ciudad. Y al demonio lo veremos encadenado.

Es en esa mañana en la que *“Se alegran la tierra y el mar y todo lo que contienen”* (Sal 96,11).

Comenzaba este pregón diciendo que venía como heraldo y es ahora al finalizar cuando, como Pablo, quiero gritaros e invitaros a todos a que: *“Llevemos en nuestro cuerpo el morir de Jesús, para que se manifieste en nuestro cuerpo que Cristo ha resucitado”* (Cf. 2 Co 4,10) y ha resucitado para que podamos estar *“Atribulados, mas no desesperados; perseguidos, mas no abandonados; derrumbados, mas no aniquilados”* (2Co 4,8). Para que entendamos el porqué del sufrimiento. Para que veamos el sentido de nuestra vida.

Esta es la promesa que nos hace presente nuestra fe, que sería vana si Cristo no hubiera resucitado.

Pero no quiero finalizar, amigos todos, sin recordar que Dios cumple sus promesas, la alianza que hizo con nuestros padres, con Noé. Ha dejado a los hombres una señal, que Cristo ha resucitado, para que sepamos que jamás seremos aniquilados, que la muerte puede ser vencida. Es la señal de que cesarán las tempestades y las tormentas, de que el sol volverá a brillar, de que puede, de nuevo, surgir el amor, la comprensión y la donación. De que pueden terminar las guerras, los genocidios y el exterminio. Esto deseo y pido para todos nosotros a la Virgen, Madre de Cristo y Madre nuestra, que en esta Semana se hará Virgen del Primer Dolor, de los Ángeles, Soledad, Dolorosa, Misericordia, Angustias, Amargura, de los Dolores, Luz, Rosario y Gloriosa y que nos dice como en Caná: *“Haced lo que Él os diga”* (Jn 2,5).

En esta ciudad y en esta semana de diez días, la fiesta va por barrios. Desde el señorial San Nicolás a la vieja judería (Santa Eulalia y San Lorenzo), pasando por la antigua Arrixaca (San Antolín y Jesús), el popular San Pedro, los céntricos

San Bartolomé, San Miguel y Santa Catalina, el partido de San Benito (el Carmen), San Juan o los alrededores de la estación de Zairaiche (San Francisco), se van trasladando cada día las sillas que limitan “las carreras”, los vendedores ambulantes y los murcianos y forasteros que quieren ver y disfrutar de la procesión, hoy aquí, mañana allá. Siempre con antelación haciendo la reserva para toda la familia y ver la salida o la entrada. También hay otros que buscan sitio en lugares con solera: Belluga, Trapería, la Glorieta, Santo Domingo..., lugares por los que pasan todas las procesiones: el Amparo, la Caridad, la Esperanza, el Perdón, la Fe, la Salud, el Rescate, el Refugio, el Retorno, Nuestro Padre Jesús, la Misericordia, los Servitas, el Sepulcro, el Yacente, de la Virgen del Rosario en sus misterios y el Resucitado.

Sólo me queda pedir que digáis a vuestros invitados que vengan de fuera a vivir nuestra Semana Santa, que si es verdad, como decía Dostoyevski, que *“La belleza salvará al mundo”*, hay pocas cosas más bellas en esta Semana que ver “andar” al Cristo de la Sangre sobre el Puente Viejo, o al Gran Poder “pasar” por el Malecón, o al Rescate bajo el grácil medio punto de San Juan, o acudir al besapié del Perdón, o la entrada del Refugio acompañado de las cálidas voces del orfeón, o la Cena o el Lavatorio delante del imafrente de Belluga, o la saeta desde el Museo Ramón Gaya al Cristo de la Caridad... Son tantísimas cosas... ¡Venir a Murcia!

Y, de nuevo, daros las gracias, pedir perdón por mi inmodestia al atreverme a pregonar la Semana Santa y desear que a todos se nos conceda vivir de la Resurrección, porque:

*“Entonces se alegrará la doncella en la danza
Gozarán los jóvenes y los viejos
Convertiré su tristeza en gozo
Los alegraré y aliviaré sus penas
Y mi pueblo se saciará de mis bienes” (Jr 31,13s).*

Muchas gracias

Este pregón fue leído en
el Teatro Romea de Murcia
el día 8 de marzo de 2015,
festividad de San Juan de Dios



Texto:

Manuel Fernández-Delgado Cerdá

Edita:

Cabildo Superior de Cofradías de Murcia

Con la colaboración de:

Fundación CajaMurcia

Ilustración de cubierta:

Antonio Martínez Mengual

Impreso:

A.G. Novograf

D.L.: MU 290-2015

